

# Por el mundo de los libros

JULIO JIMÉNEZ RUEDA, *Las Constituciones de la antigua Universidad*. México, Imprenta Universitaria, 1951.

Para entender lo que fué la vida intelectual de la Nueva España, nada tan necesario como el conocimiento de las instituciones educativas que entonces funcionaban. Entre todas ellas, fué la Universidad, por su mismo carácter, la que marcó el índice cultural en aquella época.

En este tomo, el VIII de la serie, Julio Jiménez Rueda hace un estudio de las Constituciones que normaron las actividades de la Real y Pontificia Universidad de México. El interés de estos Estatutos no se limita, como el mismo autor lo señala, al aspecto jurídico, pues son, más que nada, documentos históricos en los que se reflejan las costumbres y la manera de ser de un sector muy importante de la población novohispana.

Al ser fundada la Universidad, empezó a funcionar siguiendo los lineamientos marcados por las Constituciones de la de Salamanca, pero considerándose que no respondían a la realidad mexicana, fué preciso redactar otros Estatutos. En esos cambios que sucesivamente sufrieron los reglamentos universitarios, es posible apreciar el proceso de la educación superior en México así como los defectos y vicios de que adoleció.

Los visitantes Pedro Farfán, el Arzobispo Moya de Contreras y el Obispo Juan de Palafox se ocuparon, en distintas épocas, de modificar las Constituciones vigentes y con el mismo propósito, en 1626, una comisión elaboró los llamados Estatutos del Marqués de Cerralvo.

Jiménez Rueda indica que fué el Oidor Pedro Farfán el que, con sus Constituciones de 1580, empezó a dar una estructura propia a la Universidad, y que más tarde, el Obispo Palafox redactó las que habrían de regir definitivamente a este centro de estudios, desde 1649, durante más de siglo y medio.

Estas Constituciones se ocupaban no sólo del aspecto administrativo de la Universidad, sino que eran además un compendio de programas, planes de estudio, horarios y técnicas pedagógicas, de tal manera, que todo estaba allí previamente establecido.

Del contenido de estos Estatutos se deriva también el que la Universidad fuera una institución al ser-

vicio de un grupo que, en la Nueva España, disfrutaba de toda clase de privilegios. Y como dice Jiménez Rueda, muchas de las excelencias y de los vicios del pasado los ha heredado la Universidad de México.—MARÍA SOL.

J. T. DELOS, *La Nación (El problema de la civilización)*. Traducción del Dr. Santiago Cunchillos Manterola. 2 vols. (Distribución "Jus".)

El autor, profesor de derecho internacional en la Facultad Católica de Derecho de Lila y en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Laval, Quebec, hace una aportación muy valiosa al estudio de la sociología de la nación y de los nacionalismos contemplados dentro del ámbito de lo jurídico.

Involucrando al problema de la nación dentro del más general de la civilización, hace resaltar los manifiestos lazos que entre ellos existen. Las naciones son hoy uno de los fundamentos del orden universal, y continuarán siéndolo, dentro de los límites del previsible porvenir. Quebrantado por las desviaciones de los nacionalismos, el orden de la civilización no encontrará solidez sino asignando a las naciones su verdadero lugar, y reintegrándolas a sus funciones naturales.

La tarea de discernir cuáles sean estas funciones y cuál dicho lugar, se lleva a cabo especialmente en el tomo II de la obra, donde se hace un concienzudo estudio del régimen del Estado moderno y de la nación. Se pone de manifiesto la contribución del nacionalismo liberal, que con sus elementos ha influido preponderantemente para la constitución de los sistemas nacionales: se analizan las lecciones dejadas por los nacionalismos totalitarios, cuyo punto de partida está en Hegel, y se concluye con un aná-

lisis de los derechos del hombre y del nacional vistos en sí mismos y en sus relaciones últimas con el orden jurídico.

El autor hace, en el primer tomo, casi exclusivamente, una introducción al mismo problema general de la civilización, pues expresa la intención de esclarecer todos los elementos fundamentales del mismo, que tienen relación con la nación, el estado y las masas.

Sirve así Delos a una gran causa, la de la civilización, es decir, a la del imperio del espíritu en la vida social de los hombres.

## CRONICA LITERARIA DE LA GRAN BRETAÑA

POR  
RICHARD MANSFIELD

Hilaire Belloc ha escrito más de cien libros. Para quienes no conocen su labor, tan asombrosa producción pudiera indicar solamente amor al trabajo y unos conocimientos generales. En realidad, por haber escrito tan ampliamente, Belloc ha sido subestimado. Pero esa subvaloración quedará completamente descartada por el libro *Hilaire Belloc — An Anthology of his Prose and Verse*, de que es autor W. N. Roughhead. Quien lo lea se maravillará de que trabajo tan prodigioso sea tan variado y de tan sostenido vigor. Aunque esta antología no representa todo el campo de actividad de Belloc —por ejemplo, se han omitido sus novelas—, constituye una excelente oportunidad para que su importancia sea apreciada por el lector.

Belloc ha considerado siempre el escribir como una de sus actividades, y no la más favorecida. No ha sido nunca un literato, en el sentido estricto de la palabra, pues sus libros han sido una extensión de la vida real, y no una huída de la realidad. Es Belloc una figura legendaria, sobresaliente por cuanto ha

hecho: por las amistades que se ha creado, por su experiencia práctica e intuitiva de los hombres y las cosas, por su insaciable curiosidad y grandes conocimientos, y, por encima de todo, por su fe inquebrantable. La alquimia por la que esas cualidades se han transformado en arte es un misterio, pero, sin duda alguna, la huella que dejan las obras de Belloc se debe a la fuerza de su personalidad.

Sus trabajos históricos han sido criticados a veces como inexactos en cuestiones de detalle, por aquellos que tienen unos conocimientos especializados. No hay duda de que tales críticas han sido justas, pues Belloc no es un especialista. Pero enjuiciar así sus libros equivale a no comprender sus intenciones. Los libros de Belloc son fruto de la inspiración, no de la erudición. Escribe porque se siente emocionado, porque desea celebrar los grandes temas de la historia europea, y especialmente de la francesa. En respuesta a ese impulso, sus dotes de imaginación, penetración y comprensión se reúnen en una prosa tan exquisitamente forjada y de tal fuerza emotiva que el lector no se pregunta "¿Cómo ocurrió esto?", sino que afirma "¡Así debió ser!" Piénsese, por ejemplo, en *Wattignies* (de *Marie Antoinette*), en que tan magistralmente alterna el autor el ambiente de corte y el del campo de batalla, cuando la reina se encuentra sometida a un juicio del que depende su vida y la República lucha por su propia existencia. El autor ve que las dos luchas están inexorablemente vinculadas, siendo aquello la extensión de un antagonismo fundamental entre dos credos, el antiguo régimen y el nuevo. Sin embargo —¡y con qué viveza lo presenta Belloc!— el final está ya determinado desde el principio por los accidentes de la personalidad, la dramática ironía de las circunstancias. La misma intensidad se acusa en *The Eyewitness*, *The Apprentice* (la ejecución de Carlos I) y *The Ark Royal* (el primer encuentro con la Armada Española, en 1588); todas esas obras tienen la fuerza de expresión, el impacto visual de un gran cuadro al óleo. Todo un claustro universitario de eruditos no podría presentar la retirada napoleónica de Moscú con trazos tan memorables, con tan vigorosa estampa de horror y desolación, con tales contrastes como los obtenidos por Belloc en *The Cold*, "el invierno avanzado desde Asia,

**Suscríbase usted a la revista**  
**Universidad de México**

**Letras • Ciencia • Sociología**

ACTUALIDAD UNIVERSITARIA Y ARTISTICA

**La suscripción anual cuesta \$5.00**

por las estepas heladas" para destruir las legiones francesas.

A veces, esa fuerza creadora queda paliada por una excesiva simplificación de las cuestiones implicadas. En *Charles I* y *Cranmer*, por ejemplo (certeramente excluidas de esta antología), Belloc aboga por una causa jurídica... sin tener mentalidad de jurista. Pero cuando se siente inflamado por el fondo humano de un episodio, su prosa alcanza alturas épicas. No obstante, su aliciente no es solamente emotivo. En *The Death of Danton* vemos aquella arrogante figura, camino de la ejecución, pasando por el cuarto en que su enemigo, Robespierre, sobrevive, "el alocado, obtuso enemigo de la clemencia y de todo lo bueno" que había fraguado su caída: "Por un momento, él y su error tuvieron la posibilidad de condenar, repitiendo una tragedia de la que el mundo no se cansa nunca: matar al gran hombre." Esa frase abarca la tragedia esencial de la Revolución Francesa.

Sin embargo, es en su poesía —mucho menos abundante— donde se aprecia más fuertemente la calidad genial de Belloc, pues sólo en la poesía puede satisfacer éste sus sentimientos más profundos y personales. Los poemas seleccionados en la antología no reflejan un complejo estado mental; no hay en ellos nota alguna de duda o desesperación; no se plantea el poeta problemas que hayan de ser analizados o resueltos. Como Belloc es un ferviente partidario de la tradición, utiliza los metros y rimas clásicos. Estos han empujado a vates de menores méritos, pero Belloc ha dominado esas formas poéticas y las ha creado de nuevo a su imagen y semejanza. Aunque sus versos están embebidos de espontaneidad, son muy esmerados de forma. Sabe el poeta que "toda creación es, en el principio, caos, y, luego, gestos en el vacío, antes de adquirir la forma definitiva."

Trabajó, Belloc, durante varios años, en su *Heroic Poem in Praise of Wine*, y el resultado es una afirmación, verdaderamente grandilocuente, del goce encontrado por el poeta en la cultura latina que representa una parte tan generosa en la herencia cultural europea. Este libro contiene también *Four Songs* ("Cuatro canciones"), y la música compuesta por el propio Belloc para ellas; son unos cantares líricos, evocadores, acompañados de una deliciosa melodía. Pero los mejores versos de este libro se encuentran en *Six Sonnets*. Se hallan éstos inflamados de un apasionado amor a Dios, a la mujer y a la belleza en todas sus manifestaciones, lo que ha sido llamado "el tri-

ple tema universal de toda la verdadera poesía." Y esas composiciones son expresión de la fe del poeta en esta vida y su aceptación de cuanto pueda haber más allá. Hace un sobrio uso de las imágenes; la verdadera magia de los poemas estriba en el sentido que tiene el poeta de la mera belleza de las palabras.

En otro orden, las obras satíricas de Belloc tienen un fondo filosófico. Sus *Cautionary Tales*, cuentos dirigidos a una anterior generación de niños, son hoy demasiado poco conocidos o citados. La justicia rudimentaria de *Jim*, los cautivadores de *The Llama*, o el destino de *Henry King* llevan en sí el tipo de gracia más del agrado de los niños. Y si Belloc admira la sencillez, el heroísmo y el idealismo, conoce también las otras conductas que el hombre puede seguir. *The Bridge* (de *Mercy of Allah*) es un divertido capítulo de la autobiografía de un bribón codicioso. En *The Nordic Man*, Belloc ridiculiza el orgullo racial y el falso patriotismo. Sin embargo, la sátira de Belloc no es nunca ponzoñosa ni exagerada.

En sus libros de carácter más personal, los de viajes y reflexiones —como *The Path to Rome*, *The Four Men* y *Hills and the Sea*— Belloc expone su filosofía, sus

amores y sus odios. Sin ninguna clase de subterfugios, ataca las falsas pretensiones, se mofa de los que adoran el dinero, combate la hipocresía; y expone su opinión de las cosas que son dignas de ser hechas o poseídas, y también de aquellas otras que no podemos aspirar a poseer o comprender. El mar y el condado inglés de Sussex han sido las dos principales fuentes de solaz para Belloc, que jamás ha dejado de deleitarse en su belleza. Este aspecto sereno y meditativo del escritor se muestra, quizás mejor que en otra parte, en aquel ensayo, tan perfectamente modulado, que lleva el título de *On the Mowing of a Field*; tiene esa obra una serenidad y una belleza que se oponen a todo análisis.

Pero una antología ha de ser, después de todo, una hazaña de condensación: sólo puede dar el sabor de la obra total. Quien se impaciente con esa limitación y tome en sus manos los libros de Belloc, conocerá una fuerza de singular importancia en la literatura inglesa.

El libro xvii fué en Inglaterra una época de agudas controversias religiosas; pero con frecuencia se pinta con exagerados trazos el cuadro de una nación dividida contra sí misma. El libro de William Addison, *Worthby Dr. Fuller*, nos proporciona una actitud de excelente equilibrio. Cualquiera que se sienta atraído por la época de Dugdale, sir Thomas Brown, Izaak Walton y Pepys disfrutará con esta obra, porque Fuller, el personaje a que se refiere, fué de la clase de ellos. Si bien no era un erudito a lo Dugdale, ni un estilista como Browne, su labor tuvo una considerable influencia en el desarrollo de la historia, el ensayo y, por encima de todo, la biografía, siendo su producción más notable *The History of the Worthbys of England*. Fué Fuller quien amplió el alcance de la historia y el ensayo, pues escribió para entretener, a la par que para instruir, a un extenso público.

Nació Thomas Fuller el año 1608, siendo hijo de una familia rural muy relacionada con el clero. Pasó felizmente la niñez y la adolescencia en Northampton y Cambridge, donde se educó, y pronto se consagró a la doble vocación de la historia y la iglesia. Aceptando el orden de cosas existente en tiempos de la reina Isabel, Fuller se entregó complacido a la vida rural. Cuando, en 1642, la rutina de su existencia se vió perturbada por las guerras civiles, ingresó al servicio de Carlos I, más por lealtad a su rey que por una profunda simpatía con la causa de la nobleza. El ideal de Fuller era la moderación en todas las cosas; y dice mucho en

favor de su firmeza de carácter el hecho de que —aun viéndose en medio de acontecimientos que escapaban a su control— perseveró en su ideal y logró realizarlo, sin convertirse en un contemporizador como el legendario Vicario de Bray. Si bien es cierto que Fuller no tenía la gama emocional de Donne o Jeremy Taylor, ni la santidad de George Herbert, no era hombre superficial. Sus dos libros de meditaciones, *Good Thoughts in Bad Times* y *Good Thoughts in Worse Times*, se encuentran enteramente desprovistos de hipocresía y de la autodramatización que tan en boga se hallaba en aquellos tiempos. Mantuvo incólumes su fe y sus creencias, y su devoción siguió siendo profundamente sincera.

Sintió Fuller gran inclinación por investigar antigüedades. Tenía una asombrosa memoria retentiva y "un robusto talento, nacido para enfrentarse con bibliotecas enteras". Pero no había en él ninguna ostentación. Escribió la primera historia larga de Cambridge (*History of Cambridge*), sin rival durante doscientos años, y su historia eclesiástica de Inglaterra (*A Church History of England*) fué notable por recopilar datos no utilizados anteriormente y por la clara exposición de los acontecimientos, así como por la habilidad del lector para caminar con paso firme por el resbaladizo terreno de la doctrina. El soslayar así cuanto pudiera ser objeto de controversia hizo que el libro no fuera bien recibido por los extremistas. Lo que cautiva la atención del lector de los *Worthbys* es la mezcla de ingenio y sapiencia que hay en este libro. Describe el autor los condados de Inglaterra, sus tradiciones, geografía, recursos, maravillas, edificios y grandes hombres; y así sigue de una manera personalísima, jovial, razonada, sin vacilar en explorar las cuestiones incidentales, ilustrando sus afirmaciones con oportunas anécdotas y aforismos, deleitándose en lo curioso, pero riéndose de la superstición y del absurdo, siendo en todo momento agudo y sensato. Y Fuller es tan humano que resulta más un reflejo de lo popular que de lo académico de su época.

William Addison, con muy buen criterio, poda muchas de las ramas muertas acumuladas en anteriores biografías. Su libro tiene la plausible condición propia de una antología, pues son muchas las citas que se hacen de Fuller. Y así resulta fácil comprender por qué los libros de éste deleitaron a Charles Lamb, por qué Coleridge llegó a exclamar: "¡Que Dios te bendiga!"

## CLASICOS Y MODERNOS CREACION Y CRITICA LITERARIA

VOLUMENES PUBLICADOS

1

LITERATURA ESPAÑOLA SIGLO XX (Segunda edición). Por Pedro Salinas, \$ 12.50.

2

PAISAJES Y LEYENDAS, TRADUCIDAS Y COSTUMBRES DE MEXICO (Segunda serie). Por Ignacio M. Altamirano, \$ 12.50.

3

LITERATURA MEXICANA SIGLO XX (Primera parte). Por José Luis Martínez, \$ 15.00.

4

LITERATURA MEXICANA SIGLO XX (Segunda parte). Guías bibliográficas. Por José Luis Martínez, \$ 10.00.

5

LITERATURA ESPAÑOLA. Hasta fines del Siglo XV. Por Agustín Millares Carlo, \$ 17.50.

DE VENTA EN LA

## ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

Esq. Guatemala y Argentina  
México, D. F.

Solicite nuestro Boletín  
Mensual "Avisos"